

EL CLERICALISMO Y LAS HERIDAS DE LOS SACERDOTES

CLERICALISM AND THE WOUNDS OF PRIESTS

Manuel García Hernández

Resumen: El fenómeno del clericalismo viene siendo considerado por el Papa Francisco uno de los grandes males de la Iglesia actual. En el presente artículo nos proponemos indagar en las raíces profundas que suelen esconderse bajo esta actitud de superioridad, en base a una mal entendida "elección divina". El origen de este talante, a menudo narcisista, se encontraría en un sentimiento temprano de inseguridad e inadecuación del sacerdote, que ha sido reconocido también por distintos autores. El camino de redención pasa por un sincero proceso psico-espiritual de autoconocimiento, no siempre fácil.

Abstract: The phenomenon of clericalism has been considered by Pope Francis one of the great evils of the Church today. In this article we propose to investigate the deep roots that are usually hidden under this attitude of superiority, based on a misunderstood "divine choice". The origin of this mood, often narcissistic, would be found in an early feeling of insecurity and inadequacy of the priest, which has also been pointed out by different authors. The path of redemption goes through a sincere psycho-spiritual process of self-knowledge, not always easy.

Palabras clave: clericalismo, sacerdote, místico, profeta, institución eclesial, elección divina, inseguridad ontológica, narcisismo, autoconocimiento.

Key words: clericalism, priest, mystic, prophet, ecclesiastical institution, divine election, ontological insecurity, narcissism, self-knowledge.

Fecha de recepción: 12 de noviembre de 2023

Fecha de aceptación y versión final: 30 de enero de 2024

*Si acogemos las heridas como algo inevitable,
Dios puede aparecer en forma de oportunidad,
si nos resistimos, pasarán factura con intereses*

Lola Arrieta

1. Introducción

Desde las últimas décadas del siglo pasado, venimos asistiendo a un acercamiento progresivo en las relaciones entre Psicología y Religión. Los celos de otros

tiempos, que generaban sospechas por ambas partes, parecen -afortunadamente- ir aminorándose, en favor de un sincero diálogo. La Psicología, por lo general, está cada vez más dispuesta a admitir que la dimensión religiosa y espiritual de la persona puede llegar a ser beneficiosa para la salud y el equilibrio del psiquismo humano. También la Religión -nos referimos aquí a la cristiana-, comprometida en la transformación espiritual de creyentes y comunidades, reconoce que el proceso de conversión evangélica pasa necesariamente por iluminar los condicionamientos humanos y biográficos, que son objeto de la Psicología.

Así las cosas, y a medida que se profundiza en la interioridad de la persona, parece cada vez más claro que algunas desviaciones y oscuridades que están presentes en la vida adulta encuentran su origen en heridas iniciales de la vida, las cuales dejan una impronta de fragilidad y vulnerabilidad, a menudo soterrada bajo capa de falsa seguridad. No llegar a reconocer ni aceptar de adultos dichas heridas -que nos afectan a todos-, pasará siempre la dolorosa factura -entre otras- del autoengaño, como mecanismo de defensa y represión. Estos hechos no excluyen a aquellas personas que hacen una opción por la vida religiosa, en sus diversas manifestaciones y carismas. Pastoralistas, espirituales y psicólogos se muestran cada vez más interesados por conocer interdisciplinariamente las raíces, a menudo inconscientes, que subyacen bajo las quiebras y oscuridades de algunos ministros de la Iglesia, que provocan daño, incluso escándalo, en la comunidad cristiana y en la sociedad.

El término *clericalismo* es cada vez más empleado para designar ciertas formas de ser y actuar excesivamente autorreferenciales, autoritarias y -por tanto- nada saludables, que se enraízan en dimensiones oscuras del inconsciente personal y colectivo de líderes religiosos. C. G. Jung llamó a esa oscuridad arquetípica *sombra*¹. Cuando esta dimensión oscura del psiquismo no es reconocida, se intensifica y se hace tóxica, salta por los aires y ocasiona escándalo, dando la razón al dicho atribuido a san Jerónimo: *corruptio optimi pessima* (“la corrupción de lo mejor acaba siendo lo peor”). Esto es lo que llega a ocurrir con el clericalismo en sus facetas más oscuras y enfermizas.

El Papa Francisco, en continuidad con el magisterio de los anteriores pontificados, pero con mayor reiteración y arrojo, viene denunciando la gravedad que representa para la Iglesia el talante clerical. He aquí algunas de sus expresiones contundentes: “Es necesario vencer esta tendencia al clericalismo, también en las casas de formación y en los seminarios”², “Cuando falta la profecía, el clericalismo ocupa su lugar, el rígido esquema de la legalidad que cierra la puerta en la cara del hombre”³, “El clericalismo es, a mi juicio, el peor mal que puede tener hoy la Iglesia”⁴, “Es exactamente lo contrario de lo que hizo Jesús. El clericalismo condena, separa, frustra, desprecia al pueblo

¹ Jung dijo acertadamente: “Cada uno de nosotros proyecta una sombra tanto más oscura y compacta cuanto menos encarnada se halle en nuestra vida consciente. Esta sombra constituye, a todos los efectos, un impedimento inconsciente que malogra nuestras mejores intenciones”, C. ZWEIG y J. ABRAMS (ed.), *Encuentros con la sombra. El poder del lado oscuro de la naturaleza humana*, Kairós, Barcelona 1994, 32.

² CELAM, 2013, en *aletia.org* (consulta: 21 de agosto de 2023).

³ Homilía del 16 de diciembre, 2013, en *obispadoalcala.org* (consulta: 13 de julio de 2023).

⁴ Entrevista para el diario *El País*, enero, 2017, en *elpais.com* (consulta: 21 de agosto de 2023).

de Dios”⁵, “El clericalismo es una perversión de la Iglesia. Es el que crea la rigidez. Y debajo de todo tipo de rigidez, hay podredumbre. Siempre”⁶, “El ministro que se hace clerical, con actitud clerical, se ha equivocado de camino; peor aún son los laicos clericalizados. Cuidémonos de esta perversión del clericalismo”⁷. Más recientemente, el Papa dirigiéndose a los sacerdotes de Roma asocia clericalismo con “mundanidad espiritual”, “intransigencia doctrinal” y “esteticismo litúrgico”⁸. Sin embargo, a pesar de las insistentes advertencias de Francisco, da la impresión de que en ciertos sectores eclesiales nada minoritarios, se hacen “oídos sordos” a su llamamiento, de modo que la actitud clerical aparece bastante visibilizada en el momento actual, sobre todo entre aspirantes al sacerdocio y en ciertos ministros ordenados, a menudo jóvenes. Este talante viene percibiéndose desde hace décadas; Martín Velasco señala que, ya desde mediados de los años 70 del siglo pasado, está ocurriendo “un cambio en la orientación pastoral que tiene uno de sus puntos firmes en el restablecimiento de la clericalización de la Iglesia”⁹.

En el presente artículo, trataremos de analizar la raíces psicológicas y espirituales en las que parece asentarse este tipo fenómeno dañino, proponiendo al final posibles salidas que ayuden a sanar en su origen las actitudes clericales del líder religioso. Nos referiremos aquí a los sacerdotes, aunque también pueden quedar incluidos otros ministros de la Iglesia y personas consagradas (religiosos y religiosas) que, bien por forma de ser o por el cargo que ocupan, pueden desarrollar este tipo de talante. El clericalismo no excluye tampoco a algunos laicos, cuando se autoconstituyen, o son constituidos por el sacerdote, en una “elite laical” (que no encaja para nada en el “camino sinodal” ni en la “opción por los laicos”), gestada a menudo en sacristías, y que tanto los de dentro como los de fuera detectan con bastante atino¹⁰.

Para un mejor encuadre del tema, a modo de preámbulo, parece oportuno comenzar con un acercamiento a los tres tipos de identidades más características que coexisten en la mayoría de las tradiciones religiosas, refiriéndonos aquí a la religión cristiana.

⁵ Encuentro con los jesuitas de Mozambique y Madagascar. 5 sept 2019, en *iglesiaenaragon.com* (consulta: 20 de agosto de 2023).

⁶ Entrevista para la TV italiana, 2 de febrero, 2022, en *misionerosafrica.com* (consulta: 21 de agosto de 2023).

⁷ Homilía en san Pedro, 29 de junio, 2022, en *vatican.va* (consulta: 10 de agosto de 2023).

⁸ Carta del Papa Francisco a los sacerdotes de Roma, 7 de agosto, 2023, en *vaticannews.va* (consulta: 21 de agosto de 2023).

⁹ J. MARTÍN VELASCO, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid 1993, 115.

¹⁰ Francisco también advierte de la clericalización de los laicos: “El clericalismo es un mal ‘cómplice’, porque a los sacerdotes les agrada la tentación de clericalizar a los laicos; pero muchos laicos, de rodillas, piden ser clericalizados, porque es más cómodo, ¡es más cómodo! ¡Y este es un pecado de ambas partes! Debemos vencer esta tentación”, Discurso en la Asociación “Corallo”, 22 de marzo, 2014, en *obsipadoalcala.org* (consulta: 9 de agosto de 2023).

2. Místicos, profetas y sacerdotes

En un interesante artículo, titulado “Místicos y Profetas: Dos identidades religiosas”¹¹, el teólogo y psicoanalista Carlos Domínguez propone la Mística y la Profecía como dos dimensiones paradigmáticas de la fenomenología religiosa. Ambas están muy vinculadas entre sí, y a su vez forman parte de toda una constelación variopinta de identidades religiosas que se religan en el universo de lo sagrado. Las delimitaciones entre ellas no pueden ser siempre nítidas, pues en la práctica aparecen estrechamente implicadas e interactúan en más o menos grado en un mismo sujeto o colectivo religioso. Sin embargo, resulta clarificador intentar perfilar los rasgos más característicos del místico y del profeta -como hace el mencionado autor- por la importancia que adquieren estas identidades en las tradiciones religiosas más significativas. En este sentido, creemos que también cabría incluir la figura del sacerdote.

Mística sería aquella persona que descubre y experimenta lo invisible que se esconde siempre detrás de lo visible. Dicho de otra manera, el fenómeno místico supone la experiencia humana de profunda unión con el Absoluto, que resulta ser inefable; solo se logra, en todo caso, balbucir, ya que el lenguaje habitual se queda muy corto a la hora de trasmitirla. En la expresión referida al Reino de Dios, acuñada por la Teología cristiana, el místico experimenta el “ya” de la plenitud en el “todavía no” de la temporalidad; la irrupción del *kairós* atemporal en el *cronos* histórico. En contraste, al profeta le urge el “todavía no” del Reino y su realización histórica, que no han llegado aún a su plenitud. En este sentido, el profeta se hace portavoz de un mensaje que debe proclamar en favor de una transformación religiosa y social más justa y humanizadora. Si el místico siente la presencia del Absoluto en la unión íntima con Él, el profeta es interpelado -llamado y enviado- por ese mismo Absoluto a proclamar con valentía una palabra de salvación que le es anunciada, y que comporta necesariamente la denuncia de todo aquello que es contrario a la justicia como portadora de verdadera paz. Es decir, la misión del profeta aúna un doble movimiento -destrutivo y constructivo a la vez-, que el sujeto articula en cada situación: “arrancar” y “plantar”, “arrasar” y “reedificar” (cf. Jer 1,10).

Mística y profecía han de implicarse mutuamente en cada individuo, a fin de mantener el equilibrio psico-espiritual que tanto el místico como el profeta necesitan para una sana integración personal; de no ser así, ambas dimensiones corren el grave peligro de desviarse hacia derroteros insanos que pervierten el respectivo carisma. La manera en que esta integración se realiza y el papel predominante que alcanzan en cada persona ambas identidades será diferente, pues cada ser humano es único e irrepetible. Pero un místico sano integrará siempre una vertiente profética, lo mismo que un verdadero profeta estará siempre referido a una experiencia fundante de naturaleza mística.

El psicoanálisis ha proporcionado una explicación satisfactoria al origen de estos dos modos diferentes de religación con el Misterio trascendente, refiriéndolo a las experiencias tempranas del sujeto con las figuras parentales¹². Los conocimientos cada

¹¹ C. DOMÍNGUEZ MORANO, “Místicos y Profetas: dos identidades religiosas”: *Proyección* 203 (2001) 307-328.

¹² Carlos Domínguez ha realizado un detenido estudio psicoanalítico de este tema no solo en el artículo antes citado, sino de una manera más detalla en: C. DOMÍNGUEZ MORANO, *Mística y psicoanálisis. El lugar del Otro en los místicos de Occidente*, Trotta, Madrid 2020, 135-186. Las ideas que aquí se exponen están tomadas fundamentalmente de esta segunda obra.

vez más avanzados de la Psicología convergen en señalar el papel determinante que la relación temprana con los progenitores tiene en la construcción de la imagen de Dios y en la manera de posicionarse el sujeto, ya desde pequeño, respecto al hecho religioso. La dimensión unitiva, mística, encuentra sus orígenes en la estrecha vinculación amorosa del niño con la madre; hasta tal punto esto parece ser así, que de no darse esa temprana relación, difícilmente la persona tendrá acceso a la experiencia unitiva. Sin embargo, el psicoanálisis no deja de recordar el grave peligro que acecha al místico de quedar atrapado exclusivamente en la dimensión femenina-materna, dada la tendencia narcisista y la falta de compromiso con la realidad que este extremo conlleva. En tal caso, aparecería la figura pervertida del “alumbrado” o “visionario”, que permanece secuestrado en la unión fusional con la totalidad, sin apertura a la alteridad. Se hace imprescindible en el místico, desde el punto de vista psicoanalítico, la integración de la figura paterna, que despierta la dimensión profética del sujeto, al abrirlo a un horizonte de encuentro y compromiso. Ese riesgo no suele correr el profeta, que al estar más anclado en la representación masculina-paterna, se abre de un modo más espontáneo al compromiso con la realidad histórica. Sin embargo, tampoco el profeta queda libre de desviaciones, pues en el caso de una vinculación paterna enfermiza, por ejemplo: fuerte rigorismo e intolerancia, desarrollo de graves y exagerados sentimientos de culpa, el profeta se subvertirá en “fanático”. Este extremo suele manifestarse en un talante iracundo, inquisitorial o “talibánico”, que pervierte la verdadera dimensión profética y cierra las puertas a la necesaria experiencia unitiva.

Entre los ejemplos de integración de estas dos identidades en el Antiguo Testamento, la figura de Moisés resulta ser paradigmática, pues ha tenido gran influencia en la historia de la espiritualidad cristiana. Moisés es el enviado de Dios –portador de una palabra dada por el propio Yahvé- para liberar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto y conducirlo, a través del desierto, hasta la Tierra prometida. Esta dimensión profética del “amigo de Dios” (Ex 33,11) aparece asentada y fortalecida en tres experiencias místicas fundamentales -*teofánicas*-, gracias a las cuales Moisés logró liderar la dura travesía del éxodo. La primera: una mística de la luz, que acontece en la experiencia luminosa de la zarza ardiente (Ex 3,1-7); la segunda: una “noche oscura”, en la densa y estrepitosa nube del Sinaí (Ex 19,16-25); la tercera: una integración de ambas en la opción de caminar detrás de Dios, (Ex 33,18-23)¹³.

Pasando ahora a la figura del sacerdote, su identidad viene dada por la propia etimología del término (*sacra-dare*: “el que ofrece lo sagrado”). Esta dimensión de oficiar u ofrecer a Dios, generalmente mediante actos sacrificiales en favor del pueblo, está estrechamente vinculada con la realización de rituales que el sacerdote debe repetir, en el contexto de tiempos sagrados y con textos canonizados, a fin de asegurar la correcta transmisión de la revelación originaria. El sacerdocio va de la mano de la institucionalización religiosa, con la que está estrechamente vinculado. Para Javier Melloni, corres-

¹³ GREGORIO DE NISA, *Camino de Perfección de las Virtudes (Vida de Moisés)*, Lumen, Argentina 1997. Esta obra del nisenio (siglo IV) inspiró la *Teología Mística* del Pseudo-Dionisio (siglo VI). La *mística apofática* -o de la oscuridad en el acceso a Dios- del Pseudo-Dionisio, que toma como ejemplo alegórico la subida de Moisés hasta la cumbre del Sinaí, ha sido decisiva en la mística occidental del Medievo, llegando hasta el siglo XVI con san Juan de la Cruz, cuya obra *Subida del Monte Carmelo* y el dibujo del *Monte de Perfección* tienen un trasfondo del ascenso de Moisés al Sinaí, a través de la obra del Pseudo-Dionisio.

ponde, desde el punto de vista fenomenológico, a una etapa del proceso histórico de maduración de la religión, que describe en los siguientes términos:

Es el tiempo de la creación de las jerarquías, que son las encargadas y responsables de la transmisión y de la correcta interpretación de las escrituras, esto es, de las palabras y gestos primordiales. Las demás tradiciones se ven como oponentes de la propia visión del mundo. Se establece una neta separación entre lo sagrado y lo profano, lo cual queda también reflejado en la distinción entre un grupo minoritario -el clero- que hace de intérprete e intermediario de la tradición, y una mayoría -los laicos- que lo acata y lo recibe. En esta etapa se consolida la identidad del grupo, que tiende a ser exclusivista para asegurar la verdad del propio camino¹⁴.

El sacerdote se presenta, pues, como el hombre de la institución religiosa, que custodia el legado transmitido a través de doctrinas y dogmas, a diferencia del místico y del profeta, cuyos respectivos carismas están fundamentados sobre todo en la experiencia personal. Sin embargo, no sería justo obviar el profundo significado que alcanza el ministerio sacerdotal, sanamente vivido, en la tradición cristiana. Desde los planteamientos que se despliegan en la carta a los Hebreos, Jesucristo aparece como “sumo sacerdote” (Heb 5,10), gracias a la ofrenda de su vida en solidaridad con el género humano, superando y derogando para siempre los sacrificios expiatorios de la Antigua Alianza. Esta entrega, que alcanza su visibilidad sacramental en la Eucaristía, hace del sacerdocio cristiano una noble participación en el sacerdocio de Cristo que da sentido a toda la existencia, experimentada como sagrada. Desde esta perspectiva, solo un sincero y discernido proceso de transformación interior hará posible la verdadera ofrenda del sacerdote en favor de los demás.

Por otra parte, al existir una fácil conexión entre las diversas identidades religiosas, el sacerdote puede encarnar también una dimensión vivencial que lo aproxime al místico o al profeta, lo que -sin duda- contribuirá a enriquecer y revitalizar su ministerio. Afortunadamente, la historia está llena de esos ejemplos que se siguen prolongando en el tiempo hasta hoy. Pero también es cierto que el sacerdote puede quedar atrapado exclusivamente en lo institucional y vivir el culto de un modo rutinario, sin ver más allá de esos límites. En estos casos, acabaría convertido en *funcionario eclesiástico*, al hacerse refractario a toda transformación saludable que provenga tanto de la vivencia auténtica del sacerdocio, como de la mística o de la profecía. Esta situación es la más propicia para que el clericalismo encuentre el terreno abonado en su desarrollo. De esta manera, los sacerdotes clericales quedarían emparentados con los falsos místicos y profetas por el *narcisismo* común que subyace en ellos, aunque sus manifestaciones sean diferentes en cada caso¹⁵. La atmósfera clerical puede envolver también a determinados laicos que

¹⁴ J. MELLONI, *Hacia un tiempo de síntesis*, Fragmenta, Barcelona 2011, 243-244.

¹⁵ La complejidad de la realidad, que no se atiene a delimitaciones, muestra un curioso ejemplo en el caso del profeta Elías y el sacrificio de los sacerdotes de Baal (1Re 18,20-40). Esta escena puede ser vista, desde categorías actuales, como un abuso de *poder narcisista profético-sacerdotal* por parte del Elías, donde Yahvé es vivenciado por el profeta como un Baal más poderoso, que vence a los otros ídolos. Ver sobre el ciclo del profeta Elías, F. VARONE, *El dios sádico. ¿Ama Dios el sufrimiento?*, Sal Terrae, Santander 1999, 31-52.

llegan a potenciarla, cuando necesitan la seguridad de un clero que no tiene dudas en su sentir y actuar y les proporciona todo tipo de certezas doctrinales y morales. También la historia atestigua estos hechos desgraciados, que alcanzan hoy un repunte significativo.

En otro orden de cosas, no debemos olvidar que la historia de las religiones, y en concreto las abrahámicas, nos recuerda el recelo, la sospecha, incluso el rechazo frontal, que tanto místicos como profetas han generado en la institución sacerdotal a la que pertenecieron. Por caminos bien diferentes, mística y profetismo van mucho más allá de lo que la institución propone, relativizando mediaciones y ensanchando la visión religiosa, lo que para el grupo sacerdotal y su doctrina resulta a menudo inadmisibles. Utilizando la conocida imagen del *dedo* y la *luna*, místicos y profetas miran a la luna (Dios, Absoluto) a través del dedo que la señala (institución), mientras que el sacerdote corre mayor riesgo de quedarse atrapado en el dedo, identificándolo con la luna. El caso del Jesús, Profeta y Místico por excelencia, resulta ser paradigmático y ejemplar para las religiones de todos los tiempos. El nazareno se inicia con Juan Bautista, profeta que anuncia la llegada del Reino de Dios y la urgencia de una sincera conversión. Jesús no comienza en el Templo, lugar de los sacrificios expiatorios, del que toma distancia sin rechazarlo. La experiencia mística fundante (*teofánica*) de Jesús en su bautismo, que se repetirá en la Transfiguración y en las vivencias de fruición y gozo, relatadas especialmente por el evangelista Lucas (cf. Lc 10,21-24), lo afirman en su misión profética de anunciar el *Reino de Dios y su justicia*. Rechazado por la institución religiosa judía desde el principio, la clase sacerdotal en pleno no cesará hasta llevarlo a la muerte.¹⁶ Es la institución religiosa la que condena a muerte a Jesús en nombre del mismo Dios, dándole muerte fuera de los muros de la Ciudad Santa, como señal de quedar expulsado de su propia religión. Ante una muerte así, el velo del Templo se rasga en dos, como expresión de que el Vino Nuevo acaba por reventar los odres viejos de una religión clericalizada que no puede contenerlo.

3. ¿Qué es el clericalismo?

Martín Velasco, en los años 90 del pasado siglo, en su ya mencionada obra, se acerca a la idea de clericalismo desde el término “clérigo” que, para este fenomenólogo de la religión, no se identifica necesariamente con “ministro ordenado” ni con “persona consagrada”. El clericalismo, para Martín Velasco, tiene que ver con “una determinada forma de encarnación sociocultural de estas dos instituciones de la Iglesia, que comporta una forma psicológica determinada de vivir tanto el ministerio como la vida religiosa”¹⁷. Esa “forma psicológica” toma cuerpo en “una especie de funcionariado”¹⁸. El mismo autor especifica: “Del clérigo se ha podido decir con razón que vive del oficio, del

¹⁶ No deja de impresionar el texto de Marcos 3,1-6. A poco de empezar Jesús su actividad pública, un sábado, en la sinagoga, el nazareno cura a un hombre con la mano paralizada. Por haber curado en sábado, fariseos y herodianos, que lo observaban, “se confabularon para acabar con él” (Mc 3,6).

¹⁷ J. MARTÍN VELASCO, *o.c.*, 102.

¹⁸ *Ibid.*, 102

empleo, hasta el punto de identificarse con él y sacrificarle su propia vida personal¹⁹. Y continúa exponiendo que el clericalismo o “clericalización” constituye:

uno de los mayores obstáculos para la realización la Iglesia como Pueblo de Dios, de acuerdo con los criterios evangélicos, y para su descubrimiento de la forma de presencia que le permita responder a las necesidades de nuestro tiempo; parece evidente, que la respuesta a la actual situación de malestar religioso exige avanzar en la desclericalización en la Iglesia. En esa labor de desclericalización, se orientaron la teología y la praxis de la Iglesia que culminaron en el Vaticano II, aunque sin utilizar el término *desclericalización*²⁰.

Nos encontramos ante una realidad compleja que se repite a lo largo de la historia, pues en la mayoría de las grandes culturas antiguas existía una casta sacerdotal, elegida, separada del resto y poderosa. Así las cosas, la institución sacerdotal queda enfrentada siempre a la grave e irresistible tentación del poder religioso que llamamos hoy *clericalismo*; es decir, ceder al peligro de *apropiación y secuestro del Absoluto*, con las consecuencias negativas que ello trae consigo para todos. Se le arrebatada entonces a lo divino la plenitud que le es propia, que es portadora de apertura, reconocimiento y entrega humilde y compasiva. Arrebatada y poseída de este modo, se convierte en excluyente y totalizadora, se defiende incluso con dosis de crispación y autoritarismo, y se intenta imponer, ocasionando cerrazón y dureza. De esta manera, la fe auténtica se reduce a seguridades que, una vez asimiladas por la casta sacerdotal, generan prepotencia y actitudes legalistas de cumplimiento, que acaban padeciendo los fieles. Caer en esta trampa supone la progresiva pérdida de credibilidad de la institución religiosa, al pretender controlar y cosificar la plenitud del Misterio que se le ha entregado.

De acuerdo con Martín Velasco, el fenómeno del clericalismo se ha desarrollado en la Iglesia dentro de un modelo histórico de autocomprensión entendido como *sociedad perfecta*. Es decir, una sociedad muy estructurada y jerarquizada en dos clases de miembros bien diferenciados: los pastores o clérigos, que enseñan y mantienen el poder de santificar, y los laicos, por debajo de ellos, que son objeto de la misión docente, pastoral y santificadora por parte de los pastores. Además de esto, el estatuto clerical comporta otro rasgo de la *Iglesia sociedad perfecta* que se visibiliza en medio de las sociedades en que dicho modelo se acoge: los ministros son los portadores y administradores de lo sagrado, lo que les legitima con un poder sobrenatural que solo ellos poseen, situando a la Iglesia por encima del resto de las funciones de la sociedad.

Este modelo, que fue el fundamento en Occidente del *estado de cristiandad*, se vio seriamente cuestionado por dos acontecimientos. Uno de ellos fue el Concilio Vaticano II, que supuso una transformación importante en la conciencia de la Iglesia y una superación del modelo *sociedad perfecta*, dominante hasta ese momento. La apuesta del Concilio por una *Iglesia Pueblo de Dios*, en la que los laicos debían recuperar su voz y su lugar, propició el debilitamiento de no pocos aspectos en los que se apoyaba hasta

¹⁹ *Ibid.*, 111

²⁰ *Ibid.*, 115.

ese momento el fenómeno del clericalismo de los ministros. Un segundo factor tuvo que ver con el proceso de *secularización* de las sociedades occidentales, que continúa empujando irremediamente a la Iglesia a resituarse de otra manera en la sociedad. La autonomía de las realidades temporales y la pluralidad de opciones de sentido que la secularización conlleva obligan a la Iglesia a desterrar la idea de ser el único sistema que dé respuestas de sentido a la existencia humana. En consecuencia, la Iglesia ha pasado de ser la instancia legitimadora de sentido de toda la sociedad a serlo solo del grupo de los creyentes.

Sin embargo, no podemos negar que estos “golpes de aire fresco” que renuevan evangélicamente a la Iglesia supusieron, en buena lógica, una desestabilización en no pocos ministros ordenados, al no saber encajar en su vida la situación sociológica y eclesial que fue apareciendo después del Concilio. Si añadimos a esto el notable debilitamiento de la dimensión religiosa en nuestra sociedad, ciertos sectores de la Iglesia han podido sentirse impulsados a la tarea de volver al fortalecimiento de la estructura eclesial. Estas pueden ser algunas de las causas -entre otras- del cambio de orientación eclesial que se viene dando, y que tiene uno de sus puntos fuertes en la actual *reclericalización* de los ministros. A pesar de todo, son muchos los presbíteros que consideran, a la luz de los signos de los tiempos, que la restauración del estilo y formas del talante clerical de los sacerdotes y aspirantes al sacerdocio no es la mejor manera hoy de situarse en la Iglesia y en la sociedad.

Por otra parte, los estudios de psicología, apoyados por distintas ciencias humanas, cada vez más apuntan a que las raíces profundas del clericalismo parecen localizarse, en bastantes casos, en las primeras etapas de la vida del aspirante al sacerdocio, encontrando posteriormente cabida y potenciación en la institución eclesiástica. A estas cuestiones y a su posible solución dedicaremos el resto de las páginas de este artículo.

4. Rastreado la infancia del clérigo

Es probable que el presente epígrafe traiga a la mente de algunos la controvertida obra de E. Drewermann *Clérigos. Psicograma de un ideal*²¹. Desde el año 1989 que se publicó en lengua alemana, fueron sucediéndose toda clase de críticas ante un voluminoso tratado sobre la psicología de los clérigos que, en su conjunto, resulta demoledor²². En efecto, llevan razón los que argumentan que Drewermann hace un diagnóstico sobre el tema sin plantear ninguna otra alternativa a su tesis, pues está convencido de la validez de sus interpretaciones en todos los casos; también incurre en imprecisiones psicoanalíticas significativas. Por otra parte, el conjunto de la obra destila una especie de recelo permanente hacia la institución eclesiástica, fruto de experiencias personales negativas que no parece que el autor haya superado. Por estas razones, cabe pensar que falta en Drewermann la serenidad de ánimo necesaria para matizar sus argumentaciones, pues el texto da la impresión de estar escrito en

²¹ E. DREWERMANN, *Clérigos. Psicograma de un ideal*, Trotta, Madrid 1995.

²² Ver en este sentido: J. I. GONZÁLEZ FAUS, C. DOMÍNGUEZ MORANO Y A. TORRES QUEIRUGA, “Clérigos” en *debate*, PPC, Madrid 1996.

“blanco y negro”, faltándole “cromatismos intermedios”. A pesar de la extraordinaria divulgación que alcanzó *Clérigos* en su momento, creemos necesario recordar aquí brevemente las tesis fundamentales de esta obra.

Para Drewermann, en el clérigo se da una total identificación de la personalidad del sujeto con la institución eclesiástica. Dicho en términos psicoanalíticos, el *yo personal* ha sido totalmente suplantado por el *superyó institucional*. Ante esta importante y sospechosa despersonalización que favorece el rol de *funcionario eclesiástico*, Drewermann encuentra el origen de esta actitud incondicional en la *inseguridad ontológica* que el niño -futuro clérigo- padece ya en los primeros años de la vida. El autor continúa indagando en la búsqueda de la raíz profunda de esa temprana inestabilidad ontológica, y cree encontrar la respuesta en la incapacidad de la madre para poder ofrecer a su hijo la seguridad y el apoyo que el pequeño tanto necesita y busca, ya que ella se siente sobrepasada en su condición de esposa y madre. En esta situación, el niño experimenta que su venida a este mundo ha agravado aún más el estado de desvalimiento que ya padecía la madre, ocasionando en él un sentimiento de culpabilidad inconsciente que está en la base de la *inseguridad ontológica*. Se genera entonces un mecanismo inmolatorio de entrega incondicional a la madre, por medio del cual el hijo espera redimirla. Dicha inmolación suele tener un componente religioso -máxime si la madre es religiosa-, por lo que resulta fácil transferirlo posteriormente a la Santa Madre Iglesia. Aparece entonces, como mecanismo asociado, la idea de *elección divina*, mediante la cual es llamado y destinado por Dios a la noble tarea de redimir a los demás -incluida la propia familia-, según el ejemplo de Cristo.

El planteamiento que defendemos en este artículo, aceptando las críticas que justamente ha merecido *Clérigos*, es que la propuesta de Drewermann resulta ser muy esclarecedora a la hora de interpretar los orígenes del clericalismo. Por consiguiente, según nuestro parecer, sus formulaciones deberían seguir teniéndose muy en cuenta actualmente, dentro de la Iglesia, en relación con el tema que nos ocupa. No obstante, hay que reconocer que existen otros tipos diferentes de procesos psico-espirituales, más sencillos y saludables, que dan respuesta a la vocación sacerdotal, en los que las ideas de Drewermann no encontraría razones para sostenerse, pues el autor no contempla más posibilidades que las suyas para explicar la vocación al sacerdocio.

Martín Velasco, gran conocedor de la fenomenología del hecho religioso, en su libro ya citado sobre el malestar de la cultura y del clero, considera que la obra *Clérigos* y los problemas que plantea su autor deben ser atendidos con honradez, a pesar de la forma inmisericorde en que está escrita. He aquí un párrafo de Martín Velasco que concuerda mucho con la idea de *inseguridad ontológica* propuesta por Drewermann:

Todas estas reorientaciones, nuevo episodio del proceso restaurador que vive la Iglesia católica, están teniendo como consecuencia el acceso a los seminarios y noviciados de numerosos jóvenes predeterminados por su propia psicología a la identificación con el estatuto clerical, patológicamente necesitados de seguridades externas, dispuestos a todas las privaciones con tal de acallar su angustia radical, y deseosos de compensar sus

represiones con el ejercicio del poder sagrado en el que cifran lo esencial de su sacerdocio²³.

El teólogo J. Serafín Béjar, en un artículo sobre “los curas jóvenes”, recoge una reflexión posterior de Martín Velasco sobre los nuevos clérigos en el panorama español, que incide en este mismo planteamiento²⁴. Dice lo siguiente:

De la última ola del clero, Martín Velasco afirma que a sus miembros les caracteriza una afirmación muy decidida y hasta inflexible de la propia identidad. Se subraya la condición sacerdotal sobre la caracterización ministerial, dan importancia fundamental al ejercicio de las funciones culturales, se creen poseedores de poderes sobrenaturales, son depositarios de un saber que se identifica con las enseñanzas del Magisterio..., como si tuvieran una respuesta a todas las preguntas. La preocupación por la identidad se manifiesta en la utilización del atuendo eclesiástico. Son jóvenes prototipo del clérigo perfecto²⁵.

Desde una perspectiva diferente, la *Psicología sistémica familiar* desarrollada por Bert Hellinger aporta una interesante información sobre el tema, que sería bueno no despreciar de entrada. Este autor, exsacerdote y psicoterapeuta alemán, ha trabajado y divulgado una terapia de los sistemas familiares con la que se puede estar o no de acuerdo, pues no ha sido suficientemente contrastada en la práctica. Pero, al margen de aceptar o no este tipo de trabajo sistémico, algunas de las ideas importantes de Hellinger sobre Dios, la religión y la familia -profundamente vinculadas entre sí- merecen ser tenidas en consideración. Para este autor, es fundamental que la tarea a desarrollar por cada ser humano esté en concordancia con la vida, asintiendo desde ahí a la vocación de cada cual, acogida desde lo más profundo del alma. Se trata de una apertura interior que corresponde a una verdadera actitud religiosa, sagrada, pues estaría en sintonía con la vida que es el don más grande que se nos ha entregado. Dicho asentimiento requiere siempre de un alto grado de autoconciencia y respeto. En el caso de una vocación religiosa, esta actitud comporta el detenimiento reverencial ante el Misterio de lo divino, que no se llega a comprender. Es más, sería necesario dar un paso atrás, respetando humildemente el límite que impone todo lo sagrado, para liberarlo de cualquier manipulación o reivindicación²⁶. Ahora bien, no siempre se da esa actitud de acogida reverencial en las religiones, según este autor. Hellinger dice a este respecto lo siguiente:

²³ J. MARTÍN VELASCO, *o.c.*, 115.

²⁴ J. MARTÍN VELASCO, “Los avatares del clero español en los últimos decenios”: *Sal Terrae* 84/6 (1996) 445-458.

²⁵ J. S. BÉJAR, “¿Un perfil de cura joven? Crónica de unos estados de ánimo”: *Proyección* 47 (2000) 307.

²⁶ La propuesta religiosa de Hellinger concuerda bastante con la experiencia *teofánica* de Moisés ante la zarza ardiente. Recordemos las palabras de Yahvé a Moisés: “No te acerques, quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.” (Ex 3,5). Quitarse las sandalias de los pies bien puede entenderse como la actitud humilde ante lo sagrado, que renuncia a cualquier intento de manipulación o dominio.

En consecuencia, la religión se degenera en el punto en que pretendemos descubrir el misterio y manejarlo en lugar de respetarlo. De esta manera ya nos viene trazado el camino de purificación para las religiones y para la realización religiosa: es el camino que abandona el yo para volver al alma²⁷.

En ocasiones, ese “yo” cree estar hablando a los demás en nombre de Dios, transmitiendo de este modo la voluntad divina, pero en no pocos casos es solo el “yo” que se impone, y no la manifestación de Dios.²⁸ Hellinger, al igual que Drewermann, pero por caminos diferentes, encuentra el origen más profundo de esta firme postura del “yo”, muy seguro de hablar en nombre de Dios, en el vínculo con la familia. Lo refiere a un recóndito mecanismo inconsciente, que afecta a los descendientes del sistema familiar -especialmente a alguno en concreto-, por el cual un hijo en particular tiende a cargar sobre sí las culpas, problemas o errores de los padres -sobre todo de la madre-, hasta el extremo de querer entregarles la vida, sintiéndose -de este modo- más grande que ellos. Dicho impulso responde a un movimiento interior arcaico, de naturaleza mágica, que hace creer al pequeño que, solo liberando a sus progenitores de sus dificultades y cargándolas sobre sí, va a hacerse merecedor del amor incondicional que tanto necesita. Lo mueve una fuerza amorosa compulsiva mal entendida (“hay amores que matan”), que late en el sistema familiar. Este mecanismo expiatorio, conectado con impulsos de muerte, consigue “efectos nefastos”, según Hellinger, pues juega en contra del asentimiento a la vida, antes aludido, bloqueando su dinamismo. El movimiento inmulatorio hacia los padres lo transfiere el hijo -futuro sacerdote- a Dios y a la Iglesia, manifestándose en la vocación religiosa, no siempre bien entendida. Por tanto, sería importante desactivar en terapia ese movimiento negativo (si estuviera presente), tan desconocido para el sujeto, que brota en el fondo de una profunda carencia. Por otra parte, si se realiza tal dinamismo, el hijo se situaría sin saberlo por encima de los padres, creyéndose redentor y más poderoso que ellos, con la dosis de narcisismo encubierto que ese mecanismo conlleva. La existencia de estas dinámicas inconscientes, que es bueno reconocer, no necesariamente invalidan una vocación, que puede seguir teniendo elementos valiosos y auténticos.

Probablemente las firmes ideas de estos dos autores alemanes pueden brotar, por una parte, de una excesiva seguridad en ellos mismos, propia de caracteres fuertes. Por otra, tanto Drewermann como Hellinger fueron sacerdotes que abandonaron el ministerio, y en lo más profundo de ellos -sobre todo en el primero- pueden albergarse sentimientos permanentes de sospecha hacia la Iglesia católica. Como decíamos más atrás, no toda vocación sacerdotal tiene que obedecer a unos patrones tan complicados como los que proponen estos dos autores. No obstante, conviene, desde una sana autocrítica, no olvidar estos planteamientos en el discernimiento personal del sacerdote y en la formación de futuros candidatos en seminarios, noviciados y casas de formación. No hay que perder de vista que estilos religiosos muy devotos o comprometidos pueden estar ocultando mecanismos inconscientes de *narcisismo espiritual*, no siempre fáciles de detectar, que refuerzan el convencimiento de *elección divina* mal entendida, y que la ins-

²⁷ B. HELLINGER, *Religión, psicoterapia, cura de almas. Textos recopilados*, Herder, Barcelona 2002, 172.

²⁸ cf. *Ibid.*, 172.

titución eclesiástica no atina a descubrir, porque ella misma los padece. Este narcisismo encubierto, que puede ser grave, está estrechamente vinculado con el clericalismo. De esto hablamos a continuación.

5. Clericalismo y narcisismo

Los estudios que se vienen realizando sobre el origen del narcisismo y sus dinámicas ponen de manifiesto que todos padecemos algo de este rasgo, pues el ser humano tiende a la identificación egocéntrica con una imagen propia idealizada, alimentada por la vanidad. Por otra parte, este mecanismo viene potenciado por una sociedad como la nuestra que fomenta el individualismo narcisista, considerado por algunos una especie de “pandemia” que afecta gravemente a nuestra cultura. En este sentido, los expertos en el tema reconocen toda una gradación entre un narcisismo discreto y normal, que aparece esporádicamente en el sujeto, y niveles narcisistas de tono subido, que generan una grave y dañina distorsión de la personalidad. En este segundo caso, nos encontramos ante el *trastorno narcisista de la personalidad*, una patología que puede llegar a ser perversa, por medio de la cual la persona que la padece queda atrapada permanentemente en dinámicas egocéntricas graves que generan mucho daño. Estos niveles patológicos se reconocen, en grados extremos, en las actitudes de los llamados *psicópatas integrados*, individuos bien socializados y adaptados, con una máscara exitosa de integridad y empatía, pero que esconden una total desconexión emocional que les lleva a considerar a los demás como meros objetos de “usar y tirar”²⁹.

En el origen y desarrollo del narcisismo patológico concurren dos condicionamientos imprescindibles que resultan ser paradójicos y chocantes a primera vista³⁰. Por una parte, aparece en el sujeto, ya en los primeros años de la vida, un intenso sentimiento de inadecuación, de profunda falta de autoestima o de gran fragilidad emocional. En segundo lugar, el narcisismo grave necesita de un mecanismo que compense dicha menesterosidad básica, y que consiste en la creación de una imagen idealizada de grandeza, arrogancia o superioridad. Este segundo componente puede venir favorecido por los propios padres y familiares, cuando no ponen límites al niño y le conceden todo tipo de caprichos, lo que va gestando en ese “pequeño dictador” la irrealidad de un “yo ideal”, merecedor de toda clase de derechos y privilegios. Por este camino, el terreno se encuentra abonado para que el narcisista se crea merecedor de realizar una misión especial, grandiosa, reservada a unos pocos. Desde este planteamiento, en el tema que nos ocupa, aparecería la idea de que Dios mismo lo ha elegido y separado de los demás para la noble tarea del sacerdocio.

Aunque el narcisismo no excluye a ningún tipo de persona ni oficio, no debe extrañar que el trastorno narcisista de personalidad aparezca, con mayor propensión,

²⁹ I. PIÑUEL, *Mi jefe es un psicópata*, Esfera de los libros, Madrid 2021. Una de las dinámicas narcisistas más frecuentes en los *psicópatas integrados* es el maltrato “luz de gas” (*gaslighting*). Se trata de una práctica demoledora, consistente en desestabilizar a la víctima mediante el sometimiento y la confusión, hasta grados extremos, para después acusarla de ser ella la maltratadora. De este modo, la víctima -siempre una persona vulnerable- queda paralizada y doblemente victimizada.

³⁰ M. RODRÍGUEZ, *Más allá del narcisismo espiritual*, Desclée De Brouwer, Bilbao 2021.

en ámbitos de estatus social alto. También se encuentra presente en el entorno espiritual, afectando a líderes espirituales y personas comprometidas con su transformación interior, en las que se da una amplia pluralidad de manifestaciones, a veces desconcertantes³¹. En efecto, el retorno de lo sagrado en nuestra sociedad y la oferta de espiritualidades diversas están propiciando la existencia de un cierto *mercado espiritual*, donde proliferan gurús y libros de autoayuda que prometen la iluminación de modo fácil y rápido, acompañada incluso de éxito económico y profesional. Sin embargo, en muchos casos, los resultados de este *consumismo espiritual* muestran que el narcisismo “mundano” se ha cambiado por otro “espiritual”, más narcisista que el primero si cabe (probablemente siga manteniendo lo mundano disfrazado), que afecta tanto a maestros como a sus incondicionales discípulos.

El *trastorno narcisista de personalidad* también se instala en ministros de la Iglesia, generando en algunos un talante clerical bastante agudizado. Como hemos venido exponiendo, clericalismo y narcisismo se gestan en la misma matriz; es decir, ambos comparten una imagen ególatra de superioridad y prepotencia bajo la cual se esconde siempre una personalidad insegura con alto grado de inadecuación. Esta realidad y sus graves consecuencias en la feligresía han sido puestas de manifiesto de modo alarmante por R. G. Ball y D. Puls (cristianos comprometidos pastoralmente, habiendo sido el primero pastor protestante durante 30 años), en una obra cuyo título en castellano es: *Devoremos. La plaga de los pastores narcisistas y qué podemos hacer ante esto*³². Parece ser que el porcentaje medio de *trastorno narcisista de personalidad* en la población civil se sitúa entre 0,5% y 2%, siendo bastante más frecuente en varones que en mujeres. Sin embargo, cuando se trata de clérigos con responsabilidad pastoral, el estudio de los mencionados autores, realizado entre pastores protestantes y católicos de Canadá, señala que dicho porcentaje se dispara al 30%-33%; es decir, aproximadamente uno de cada tres ministros eclesiásticos con cargo pastoral padecen *trastorno narcisista de personalidad*. La razón de esta subida desproporcionada en los clérigos (que sospechamos pueda estar exagerada), la interpretan Ball y Puls en que el oficio eclesiástico atrae a los narcisistas, ya que estos encuentran en las tareas pastorales y en el grupo de fieles el escenario exhibicionista que tanto necesitan, poniendo en grave peligro la estabilidad y desarrollo de la comunidad cristiana³³.

Describen dichos autores algunas de las dinámicas más frecuentes en este tipo de clérigos, tales como usar a Dios para hablar de ellos mismos y necesitar de un auditorio de gente sumisa que los alabe y ellos se puedan exhibir. Lo contrario ocurre con las personas críticas, que pueden hacerles sombra; en estos casos, el clérigo narcisista las percibe como peligrosos rivales, ya que pueden desenmascararlo en cualquier momento, por lo que las apartan rápidamente, a menudo mediante sorprendentes ataques de ira. No sienten dolor por los demás, aunque disimulen muy bien, pues carecen de empatía.

³¹ *Ibid.*, 110-127.

³² R. G. BALL Y D. PULS, *Let Us Prey. The plague of narcissist pastors and what we can do about it*, Cascade Books, Oregon 2017.

³³ Jesús retrató de manera magistral e insuperable este afán de exhibicionismo narcisista en los escribas y fariseos, cuando los delató diciendo: “Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame *rabbi*” (Mt 23,1-7).

Para mantener su imagen de superioridad, necesitan estar permanentemente alerta y controlarlo todo, con el consiguiente desgaste emocional que esto les acarrea³⁴. Para Ball y Puls, se trata de individuos en su mayoría mediocres y envidiosos, pero que están convencidos de ser geniales, que generan un alto grado de toxicidad y sufrimiento. Alejan también a los pastores sanos, pues a estos les resulta incómodo permanecer a su lado, lo que proporciona a los narcisistas mayores espacios para su actuación y desarrollo.

También el psiquiatra alemán Martin Flesch, desde su amplia experiencia terapéutica con sacerdotes y víctimas de abuso -sobre todo espiritual-, expone en una obra reciente (titulada en castellano: *Los afectados. Espacios de sufrimiento psíquico en la Iglesia católica*) que los trastornos del clericalismo narcisista son la causa de los graves sufrimientos que se dan en el abuso espiritual a los seglares. Para este terapeuta, la vocación sacerdotal y el apego al poder de los clérigos narcisistas son la excusa para escapar de los problemas de la propia personalidad. En una entrevista publicada en la revista alemana *Katholisch* -traducida en castellano-, Flesch afirma lo siguiente:

El narcisismo es la piedra angular para las estructuras de abuso y sólo un requisito previo para el clericalismo persistente. Es un fenómeno eclesial que las personas suben a los puestos de poder para escapar de su propio sentido de insuficiencia, de no significar nada o no ser nada como un ser humano “normal”. Los déficits psicológicos deben compensarse enriqueciendo la propia esfera de eficacia a través del poder y la influencia. Por eso, siempre llegamos a estructuras narcisistas a las que tenemos que hacer frente, si también queremos abordar de forma preventiva las estructuras de abuso... Lo que Drewermann diagnosticó hace más de 30 años sigue siendo actual y es verificable en la práctica³⁵.

Lo que señala Flesch en la actualidad, ya lo comprobó sobradamente san Juan de la Cruz, en el siglo XVI, que muchos sacerdotes y directores espirituales no saben acompañar a las almas que están pasando por la “noche oscura”, ocasionándoles gran confusión y sufrimiento³⁶.

En el escenario clerical, con más o menos narcisismo, varias tipologías de clérigos parecen destacarse con cierta nitidez. Dentro de lo que podríamos llamar “talante tradicional”, se encuentran aquellos que se inclinan a una religiosidad marcada por actos externos y devocionales, visibilizados, a menudo, con solemnidad y boato. Algunos de sus rasgos son: apego a ornamentos rancios, seguimiento escrupuloso y solemne de

³⁴ A propósito del control narcisista del sacerdote, el Papa Francisco hace referencia a: “un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás, y en lugar de facilitar el acceso a la gracia se gastan las energías en controlar”, *Evangelii gaudium*, 94.

³⁵ M. FLESCHE, “El narcisismo clerical es la piedra angular del abuso espiritual”, entrevista en *Schoenstatt.org*, 11, 11, 2022, *schoenstatt.org* (consulta: 11 de agosto de 2023).

³⁶ “Algunos padres espirituales, por no tener luz y experiencia en estos caminos, antes suelen impedir y dañar a semejantes almas que ayudarlas en el camino”, *Subida del Monte Carmelo*, Prólogo, 4. Esta fue una de las razones por las que el santo escribió este tratado. Y en el comentario al poema *Llama de amor viva* (B, 3,59), el místico carmelita compara a los padres espirituales con los fariseos, por su falta de talento, su manera de tiranizar y por no entrar ellos ni dejar entrar a los demás por la puerta estrecha.

la liturgia (“liturgismo”), recuperación de tradiciones devocionales que parecían estar ya superadas, culto exagerado a imágenes (especialmente marianas), a menudo ostentosamente engalanadas, que a veces genera en ellos una adicción a coleccionar obras de arte religioso.³⁷ Este tipo de clero comparte con el “alumbrado” o “visionario”, ya citado, la no superación de la dimensión femenina-materna. Una segunda variante, pero bien diferente a la anterior, viene caracterizada por el rigorismo y la austeridad, albergando en el clérigo una dosis inconsciente de agresividad y culpa, que se expresa en la vivencia de la celebración eucarística como acto sacrificial, con una ritualización escrupulosamente cumplida. Carlos Domínguez denomina a este segundo modelo “sacrificante”³⁸; se trata de una tipología próxima al “fanático” de la desviación profética-paterna³⁹.

Otros tipos, bien diferentes a los anteriores, se derivan del clérigo carismático, de “talante progresista”, que suele relativizar bastante las normas litúrgicas, creando otras más personales a su gusto⁴⁰. Una variante de este modelo, correspondería al sacerdote jovial y alegre, que recuerda a un *showman* por su manera desenfadada y escenográfica, un tanto infantilizante, de interactuar con los demás y de celebrar. Una segunda derivación la encontramos en el sacerdote muy comprometido socialmente con la causa de los más necesitados. En esta opción -ciertamente ejemplar-, a veces se identifica sin más *conversión* con *compromiso*, quizás olvidado que se puede estar muy comprometido y poco convertido, en una especie de noble escapismo de uno mismo. Esta forma de ejercicio del ministerio sacerdotal, muy encarnada en la realidad social, necesita también de un sincero discernimiento, ya que puede esconder una dosis importante, aunque muy disimulada, de autorreferencia y autoritarismo soterrados.

Martin Flesch, en la entrevista ya citada, considera que la prevención contra el clericalismo debe abordarse seriamente durante la formación de los futuros sacerdotes, en seminarios, noviciados y casas de formación. Para lograr este objetivo, considera imprescindible un verdadero acompañamiento personal del aspirante que le ayude a descubrir sus auténticas motivaciones, en un sincero proceso de maduración de la personalidad y la autoconciencia. Por el contrario, si la formación tiene como objetivo fundamental hacer del sujeto un buen *funcionario eclesiástico*, el problema no tendrá solución, pues se potenciará el clericalismo, y de este modo nunca se logrará una personalidad reconciliada consigo misma. Flesch dice al respecto:

³⁷ San Juan de la Cruz advierte detenidamente y con rotundidad en el Tercer libro de *Subida del Monte Carmelo* de los muchos errores y vanidades que entrañan las desviaciones devocionales a las imágenes, que acaban siendo ídolos, pues las visten de tal manera que todo se queda en “ornato de muñecas” (35,4). Y prosigue en la misma línea de la vanidad con oratorios, lugares de devoción y ceremoniales (cc. 38-44).

³⁸ “(Los sacrificantes) construyen necesariamente un Dios que se les opone y frente al cual no cabe sino una relación de rebelión permanente o de perpetua sumisión”, C. DOMÍNGUEZ, *Mística y psicoanálisis, o.c.*, 201.

³⁹ En la filmografía de Ingmar Bergman aparece con frecuencia el tipo del clérigo “sacrificante”, que tiene como trasfondo la figura del padre de Bergman, pastor protestante, cuyo rigorismo marcó traumáticamente la vida del director sueco.

⁴⁰ Dice el Papa Francisco a propósito de la liturgia: “He aquí una posible lista de actitudes que, aunque opuestas, caracterizan a la presidencia de forma ciertamente inadecuada: rigidez austera o creatividad exagerada; misticismo espiritualizador o funcionalismo práctico; prisa precipitada o lentitud acentuada; descuido desaliñado o refinamiento excesivo; afabilidad sobreabundante o impasibilidad hierática. A pesar de la amplitud de este abanico, creo que la inadecuación de estos modelos tiene una raíz común: un exagerado personalismo en el estilo celebrativo que, en ocasiones, expresa una mal disimulada manía de protagonismo.”, *Desiderio Desideravi*, 54.

Muchos que poseen un grado de introspección descubren que han visto la vocación como una compensación por las deficiencias personales. Pero lo que todos parecen tener en común, si los acompañas el tiempo suficiente, es el miedo al enfrentarse con su propia sexualidad, las habilidades de relación y la libertad en el momento de la decisión por la vocación. Uno habla de una identidad dividida, porque muchos no saben realmente quiénes son en realidad. Sobre esta base, surge el potencial y el vacío inicialmente todavía difuso de los abusos que luego se pueden perpetrar⁴¹.

6. La difícil sanación. Un proceso doloroso de autoconocimiento

Los estudiosos del narcisismo grave coinciden en señalar la gran dificultad que supone el reconocimiento y superación de este trastorno por parte del individuo que lo padece. La razón de dicho obstáculo se debe a que estos sujetos suelen estar “encantados de conocerse”; es decir, son personas que les resulta satisfactorio permanecer en ese estado ciegamente egocentrado. En el caso de los clérigos con trastorno narcisista aparecen mecanismos de defensa específicos que refuerzan dicha actitud. Así, a la creencia de saberse elegidos por Dios, se les une una mal entendida actuación de la gracia del Orden sacerdotal, en base a la acción del *ex opere operato*, por la cual creen que el sacramento los ha capacitado automáticamente para ejercer el ministerio con todo tipo de seguridades. Desde esta mentalidad, es fácil caer en la tentación del poder religioso, nada ajeno al clericalismo narcisista. Por ejemplo, el clérigo puede llegar a vivir el ministerio como un espacio seguro y estable dentro de la sociedad y la Iglesia, cosa que quizás no le hubiera sido posible de otra manera en la vida civil; o puede quedar seducido por el “carrerismo eclesiástico”, si tiene cualidades personales y habilidades estratégicas para alcanzar cargos eclesiásticos de importancia, que el sujeto puede ir buscando como objetivo prioritario de su vida. Por tanto, cuando el ministerio se ha convertido en la ocasión para el ascenso y el mantenimiento de cotas de poder religioso, queda reforzada la identidad de *funcionario eclesiástico*, estrechamente ligada al clericalismo y al narcisismo asociado⁴².

⁴¹ M. FLESCHE, *o.c.* En sintonía con Flesch, José San José se lamenta de que la formación en los seminarios haya descuidado, por parte de los formadores, el acompañamiento humano de los seminaristas, en sus dimensiones afectivas e interpersonales. J. SAN JOSÉ, “Nunca van a faltar crisis en la vida de los sacerdotes”, en G. DAUCOURT, *Sacerdotes rotos*, Sígueme, Salamanca 2023, 114. En esta misma obra, en la que se abordan con valentía cuestiones difíciles que aparecen en la vida de los sacerdotes, solo J. San José se refiere muy brevemente al clericalismo en los siguientes términos: “La profesión de un clericalismo militante de carácter autoritario puede estar en el origen de no pocos abusos (y no nos referimos específicamente a los abusos sexuales, sino más bien a los abusos espirituales, de poder y de conciencia)”, 100-101. Por otra parte, una encuesta a los sacerdotes, del 2022 en Estados Unidos, recogida por J. San José, en esta misma obra, arroja valores altos de bienestar y realización entre los sacerdotes (77%), más frecuente entre los de talante conservador que entre los progresistas, 88-89.

⁴² Leopoldo Alas Clarín, retrató magistralmente lo aquí expuesto en la personalidad del canónigo Fermín de Pas de su novela *La Regenta*. Dicho personaje aparece condicionado psicológicamente, desde edad temprana, por una madre dominadora y ambiciosa, que ve en la carrera eclesiástica del hijo la mejor manera de salir de la pobreza familiar. En consecuencia, vive el sacerdocio como una forma de poder, siendo Ana Ozores (*la Regenta*), mujer vulnerable y religiosa, la víctima de dicho dominio. Resulta fácil reconocer en las estrategias del canónigo un ejemplo paradigmático de *abuso de poder espiritual*, en la línea de lo señalado por Martin Flesch. El marcado narcisismo clerical de Fermín va degradándolo a niveles que recuerdan al *psicópata integrado*, pues llega a decir: “yo vendo la Gracia, yo comercio como un judío con la religión”. *La Regenta* muestra, además, un atinado retrato

Se necesita una gran capacidad de introspección psicológica y un sincero discernimiento espiritual para descubrir que la vocación, en algunos casos, ha sido la tapadera para ocultar deficiencias personales, a veces inconfesables, que se han producido en la infancia del clérigo. Aceptar esta realidad -que no tiene por qué invalidar la opción ministerial-, requiere de una profunda humildad, nada fácil de conseguir. Pero, gracias a ella, se puede iniciar el camino que conduce a la auténtica libertad del sacerdote. Quizás solo a través de una crisis existencial importante, una verdadera “noche oscura”, el clérigo pueda comprender y aceptar que, como ocurre en tantos casos, los problemas y dificultades que aparecen en el presente encuentran su raíz profunda en heridas de la infancia no asumidas ni curadas, que se reabren a lo largo de la vida adulta, aunque los escenarios y los personajes sean bien diferentes a los iniciales. Para que esas heridas curen, es necesario tocar su raíz dolorosa; solo así, el proceso sanador culminará con la integración que transforma al sujeto en sabio y compasivo. “Sus heridas nos han curado” proclamaba ya Isaías (Is 53,5), expresión que después se dirá del mismo Cristo (1Pe 2,24). Henri Nouwen formula con acierto esta dimensión curativa de las heridas del ministro:

El servicio (del ministro) nunca será percibido como auténtico, si no procede de un corazón herido por el mismo sufrimiento del que habla. Nada puede escribirse sobre el ministerio sin una profunda comprensión de las formas en las que el ministro puede convertir sus propias heridas en fuente de curación⁴³.

Este proceso psicoespiritual, o viaje interior hacia uno mismo, debe ser acompañado -al menos en los tramos más críticos- por un terapeuta y/o guía espiritual que conozca por experiencia los entresijos del alma, cuestión que no siempre resulta fácil. Se necesita acceder a la que fue en la infancia la verdadera relación con los padres -especialmente la madre-, libre de autoengaños e idealizaciones. Los padres, afortunadamente, en gran número de casos, han amado a sus hijos generosamente, lo mejor que han sabido, pero a menudo lo han hecho desde sus propias heridas, sobre todo si estas no han sido previamente reconocidas por ellos. Sin embargo, la experiencia en el acompañamiento de distintos tipos de personas nos enseña que no son nada infrecuentes la existencia de heridas muy tempranas derivadas de una desafortunada actuación parental. No solo porque el proceder de alguno de los padres haya sido especialmente traumatizante -que también ocurre-, sino por carencia amorosa, faltando -por las razones que fuere- la necesaria ternura y atención afectiva, tan importante en los primeros años de la vida. El papel decisivo de la madre en estas fases tempranas no siempre es atinado. En estos casos, su actuación puede oscilar entre extremos tales como: la frialdad amorosa (probablemente porque ella no fue suficientemente amada) y un amor posesivo y devorador que a todas luces resulta castrador. Esta segunda situación, la de los “amores que matan”, no es infrecuente en la relación del sacerdote con la madre, y tiende a proyectarse en un amor infantilizante y acrítico a la Iglesia. Por otro lado, la devoción

psicológico de una madre devoradora, que está en el origen de la “vocación” y del extravío de su hijo.

⁴³ H. J. M. NOUWEN, *El sanador herido*, PPC, Madrid 1996, 8.

exagerada a la Virgen María, tan habitual no solo en sacerdotes clericales, sino también entre muchos seglares devotos, y que se ve potenciada actualmente desde la religiosidad popular, encuentra con frecuencia en la “divinización de la madre devoradora” las raíces de esa distorsión religiosa. En consecuencia, la verdadera honra que siempre se debe a los padres, como bien enseña el Cuarto mandamiento, pasa por la aceptación amorosa de los progenitores tal y como fueron, sin idealizaciones o resentimientos. No llegar a este nivel de maduración personal, que supone “cortar cordones umbilicales” y ver lo que hubo con sano realismo, acarrea serios autoengaños proyectivos en la vida adulta, que suelen pasar una factura, a veces, demasiado alta.

Por otra parte, es un hecho hoy cada vez más cierto que “el ministro del siglo XXI será místico o no será”, parafraseando la conocida expresión de K. Rahner. Estamos ante uno de los signos de los tiempos más preclaros del momento presente. El frecuente uso de expresiones como: “mística de la cotidianidad”, “mística de ojos abiertos”, “mística desde abajo”, revelan que la dimensión espiritual y mística no es un privilegio de unos pocos elegidos, sino que es constitutiva de todo ser humano, sin cuyo cultivo la persona queda bastante incompleta, pudiendo vivirse en muchos contextos. La recuperación actualizada del mensaje de los místicos cristianos está suponiendo una riqueza inestimable para la vida de la Iglesia y de todos aquellos que se sienten interpelados a recorrer estos caminos de sabiduría. Desgraciadamente, y durante siglos, la mística cristiana permaneció bastante arrinconada, en favor de un cristianismo basado en el cumplimiento moralista, en el miedo y en la retribución legalista. Todo ello en el marco de una *teología neoescolástica decadente*, demasiado apologética, racionalista y clericalizada, de la que aparecen hoy algunos repuntes.

Siuviésemos que hacer un destilado del mensaje actualizado de los místicos, aún a riesgo de caer en una evidente simplificación, destacaríamos la importancia del *desapego* y del *silenciamiento interior*. No olvidemos que el apego es uno de los mecanismos más potentes de fortalecimiento del ego, incluido el ego religioso. Desapegarse, en el caso del sacerdote, no atañe solo al desasimiento material -que no invalida el uso de las cosas-, sino -lo que llega a ser más importante- el desapego de imágenes inmaduras de Dios, demasiado infantiles y antropomorfizadas, propias de proyecciones de deseos de omnipotencia narcisista, que pueden haber quedado enquistadas en el ministro clerical. El maestro Eckhart y san Juan de la Cruz son claros exponentes de la necesaria radicalidad del desapego religioso en el camino espiritual.⁴⁴ Este proceso no puede avanzar si no va acompañado del silenciamiento de la mente, que llega a transformarse, con la práctica, de una actitud del ejercitante a un estado interior permanente. Los Padres del Desierto, en el Oriente cristiano, y la obra *La nube del no saber*, en Occidente, son grandes referentes para el espiritual de hoy en la ejercitación de este tipo de contemplación silenciosa. La soledad no deseada, que tantas veces hace presencia en la vida del sacerdote⁴⁵, es la expresión de un doloroso vacío interior que intenta ser llenado infructuosamente desde fuera. Sin embargo, cuando la soledad está habitada por la

⁴⁴ cf. M. GARCÍA HERNÁNDEZ, *Por las sendas de la noche. A zaga de san Juan de la Cruz*, San Pablo, Madrid 2022.

⁴⁵ “Este aislamiento termina por afectar negativamente al ejercicio pastoral: más pronto que tarde aparecerá el autoritarismo y el clericalismo”, J. SAN JOSÉ, *o.c.*, 111.

presencia amiga de uno mismo y de Dios, se convierte en “soledad sonora”, fuente de silenciamiento interior, creatividad y gozo.

Gracias a estos caminos espirituales, el sacerdote llega a descubrir vivencialmente su íntima unión con el Dios de la gratuidad -que no de la necesidad-, cayendo por tierra tantas construcciones religiosas que poco o nada tienen que ver con el Dios de Jesucristo y con el Evangelio. Esta mayor consciencia y espaciosidad interior que se va desplegando, fuente de libertad y asombro, conduce a un conocimiento certero de uno mismo, al modo en que Dios nos conoce (cf. 1Cor 13,12). San Juan de la Cruz lo expresó en estos términos, referidos al paso por la noche oscura, “Y este es el primero y principal provecho que causa esta seca y oscura noche de contemplación: el conocimiento de sí y de su miseria. Porque...la hacen conocer de sí la bajeza y miseria que en el tiempo de su prosperidad no echaba de ver”⁴⁶.

⁴⁶ Libro Primero, *Noche oscura*, 12, 2.